



Civitas - Revista de Ciências Sociais

ISSN: 1519-6089

civitas@puccrs.br

Pontifícia Universidade Católica do Rio
Grande do Sul
Brasil

Arocena, Felipe; Sobottka, Emil A.
Diversidad cultural en América Latina
Civitas - Revista de Ciências Sociais, vol. 17, núm. 2, mayo-agosto, 2017, pp. 205-209
Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul
Porto Alegre, Brasil

Disponibile en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74252567001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Apresentação / Presentation

Diversidad cultural en América Latina

Cultural diversity in Latin America

Luego de la llamada tercera ola de democratización de los años ochenta y la celebración de los quinientos años de la conquista de América en los noventa, se fortalecieron a lo largo de la región movimientos tanto de indígenas como de afrodescendientes contra el racismo histórico del estado-nación de los países latinoamericanos. Las consecuencias han sido muy significativas, entre ellas el diseño de nuevas constituciones en casi todos los estados, en las cuales explícitamente se hace referencia a la multiplicidad de naciones, pueblos, o culturas que conforman los países. En este sentido Fernando Vizcaíno (2007, p. 29) afirmaba, con razón, que “entre los dos grandes cambios recientes de las ciencias sociales [...] el primero consiste en el surgimiento de un pensamiento que asume el carácter multinacional del estado en oposición al paradigma predominante del estado-nación”.

Hay una larga tradición de movimientos emancipatorios en el continente. Pero cada uno tuvo matices que lo caracterizaban como hijo de su época. José Martí, en *Nuestra América* (1995 [1891]), por ejemplo, reflexionó acerca de la situación, haciendo referencia a la tesis de Sarmiento de 1874, de que, como Facundo, los pueblos latinos de América estarían presos de la barbarie, y al mismo tiempo ya le preocupaba el imperialismo estadounidense con sus numerosas intervenciones político-militares. No sorprende, pues, que Martí reclame tanto una valorización de la especificidad autóctona de estos pueblos, como su unidad frente al enemigo que se agranda al norte. O si miramos hacia la instigadora reflexión de José Carlos Mariátegui, en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1976 [1928]), vemos varias de las más urgentes cuestiones comunes a muchos países de América Latina en su época siendo puestas en discusión, desde la imposición religiosa y el centralismo político y económico hasta la concentración de la tierra y la dominación de la población indígena.

El horizonte de referencia de estos autores, y de los movimientos a que hacían eco con sus escritos, era todavía el de la formación de estados-naciones. La búsqueda de esta unidad, vista como desafío urgente, no permitió que se desarrollara en aquel tiempo la sensibilidad hacia la diversidad étnico-cultural de las poblaciones que compartían el mismo espacio territorial. Ellos no percibieron que esta búsqueda de la unidad implicaría un alto grado de asimilación de aquellos que no pertenecían a los grupos dominantes.

El nuevo carácter multinacional del estado debe entenderse fundamentalmente por el fortalecimiento de tres grupos de personas que hoy se resisten a ser asimilados: los indígenas y sus descendientes, los afrodescendientes, y los inmigrantes y sus descendientes. Estos tres colectivos (por supuesto que muy heterogéneos entre sí y a su interior) presentan a veces lenguajes diferentes, religiones distintas y costumbres difíciles de entender para la cultura dominante en cada país.

Son bastante frecuentes estudios que analizan juntas las historias del impacto colonizador sobre indígenas y negros, por ejemplo Walter Mignolo (2005) y Teun Van Dijk (2007), entre otros. Afros e indígenas sufrieron esclavismo, exterminio, servidumbre y explotación; algunos inmigrantes, por ejemplo de procedencia asiática, judíos o gitanos, experimentaron buenas dosis de racismo. Efectivamente, el filósofo canadiense Will Kymlicka (2007, p. 14-16) ha desarrollado su reflexión sobre multiculturalismo entendiéndolo como “un conjunto de políticas adoptadas o demandadas por muchos grupos etnoculturales distintos, incluyendo a inmigrantes, minorías, grupos nacionales y población indígena. [...] Políticas que deben ir más allá de la protección de los derechos civiles y políticos básicos garantizados para todos los ciudadanos en un estado liberal democrático, para incluir niveles de reconocimiento público y apoyo hacia aquellas minorías etnoculturales de modo que puedan expresar sus diferentes identidades y prácticas”.

Aunque la pluralidad de las formas de vida que el multiculturalismo implica sea ampliamente aceptada en las esferas política y académica, en la medida en que avanza su concreción, sea en decisiones políticas, sea en definiciones teóricas más precisas, las divergencias se acentúan (cf. Loewe, 2012). En la esfera académica, la controversia entre Charles Taylor y Jürgen Habermas parece ilustrativa de las posiciones opuestas conocidas como “comunitarista” y “liberal”, respectivamente. Charles Taylor, que fortaleció en toda una generación la sensibilidad por la diversidad cultural (Kymlicka y Rubio Marín, 1999), ha sostenido, con referencia a la situación de los *québécois* en su país, la legitimidad de un conjunto de medidas dirigidas a la

preservación de la cultura francófona en Québec. Además de diversos derechos de la población francófona, bajo el argumento del reconocimiento, Taylor defendió también medidas que impondrían restricciones a terceros, tales como la obligación de hijos de migrantes de frecuentar escuelas de habla francesa (Taylor, 1994). A él le parece legítimo que la política de aquella provincia procure asegurar que la cultura mayoritaria regional, pero minoritaria en el país en su conjunto, sea garantizada en el tiempo, aunque ello implique algunas limitaciones a las libertades individuales, como la elección del idioma y la escuela de los hijos de migrantes.

Una fuerte reacción contra esta perspectiva, pero también en nombre de la defensa de la pluralidad cultural, vino por ejemplo de Jürgen Habermas (1994). Este autor clasificó la proposición apoyada por Taylor como defensa de la “preservación de la especie”, y contrapuso a ella una “política de coexistencia”. Mientras Taylor reivindica la estima de la cultura por él defendida, asumiendo como presupuesto la igualdad apriori de valor entre las diferentes culturas, Habermas defiende que todas las formas culturales sean expuestas en adecuado respeto a los individuos, para que éstos elijan a cuál y cómo quieren adherirse. La argumentación habermasiana difiere de la de Taylor al retirar el foco del valor intrínseco de determinada herencia cultural para trasladarlo hacia la pluralización de las formas de vida en sociedades modernas, y al desafío que cada tradición cultural tiene para, en estas condiciones, mantenerse relevante para las nuevas generaciones. En sus palabras: “Cuando una cultura se ha vuelto reflexiva, las únicas tradiciones y formas de vida que pueden sostenerse son las que cautivan a sus miembros, al mismo tiempo que se someten a un examen crítico y dejan a las generaciones posteriores la opción de aprender de otras tradiciones o de convertirse y moverse para otras playas” (Habermas, 1994, p. 130).

Se percibe, en debates como este, que la conjugación de la pluralidad de las formas de vida y la aceptación de la diversidad concreta de las culturas, etnias, costumbres y valores sigue siendo un desafío. Además, mientras que el debate académico puede atenerse a la contraposición del destino de entidades abstractas como la herencia cultural comunitaria y el individuo libre, los movimientos que impulsaron los cambios recientes en nuestra América lo hicieron presentando y representando la diversidad de lenguajes, religiones, costumbres y experiencias de personas históricamente situadas, marcadas por un largo pasado de injusticias sufridas y al mismo tiempo impulsadas por una inquebrantable esperanza y fuerza de voluntad.

En América Latina se utiliza frecuentemente el concepto de interculturalidad, a veces contraponiéndolo al multiculturalismo, a veces en forma

complementaria y se hace notar que las llamadas minorías son, en muchos países latinoamericanos, mayorías (Cruz, 2013).

Los artículos que integran este dossier están fuertemente orientados hacia la discusión y análisis de la diversidad cultural en América Latina: se analiza las figuras de la mujer en el tango rioplatense, los inmigrantes senegaleses en Buenos Aires, el cine de Glauber Rocha como resistencia cultural y las nuevas políticas de igualdad racial en Brasil, el concepto de vivir bien tal como aparece manifiesto en las movilizaciones de los aymaras en El Alto boliviano, y los desafíos que las transformaciones de la revolución tecnológica y la aceleración de la vida nos plantean para pensarnos como región.

Efectivamente el siglo XXI comienza fuertemente marcado por la diversidad y la construcción de nuevas identidades. Es el período de la historia de mayor movilidad de migrantes, con aproximadamente doscientos cincuenta millones de personas viviendo hoy fuera de sus países de origen, y es un momento de gran movilización de personas antes invisibilizadas o discriminadas que se han organizado para ser reconocidas en sus derechos: las mujeres, los pueblos originarios, los afrodescendientes, las minorías LGBT, los inmigrantes. Además las nuevas tecnologías impactan sobre la genética humana y la interacción entre la inteligencia artificial y la biología abren la caja de Pandora y nos obligan a dudar sobre lo que entendemos por ser humano. Esta diversidad cuestiona instituciones del siglo XX que van quedando obsoletas en el XXI; por ejemplo surgen múltiples arreglos familiares posibles incluyendo cónyuges del mismo sexo, se transforman las representaciones que los ciudadanos construyen sobre sus países incorporando la multiplicidad de etnias y naciones, las religiones universales son interpeladas y crecen alternativas de culto “a la carta”, las estructuras educativas intentan adaptarse y repensarse para atraer a los jóvenes que tienen una mentalidad de la era digital, las relaciones de género se democratizan y la mujer deja su lugar tradicional adentro del hogar para incorporarse al mercado laboral, a la academia y al poder.

En la región se manifestaron estos cambios con fuerza, aunque aún hay mucho por recorrer y siga siendo la más desigual del planeta. Bolivia eligió su primer presidente indígena en toda su historia; Brasil tuvo su primer presidente obrero proveniente de una familia nordestina pobre; Argentina, Brasil y Chile fueron dirigidos por las primeras presidentes mujeres; en Uruguay la izquierda ganó las elecciones por primera vez; en muchos países se aprobaron leyes de matrimonio igualitario y las migraciones intraregionales se han acentuado notoriamente, por mencionar algunos ejemplos concretos. Claro, el lente enfocado en la diversidad, no debe dejarnos en la sombra a las fuerzas opuestas

que homogeneizan, entre ellas siendo las más decisivas el mercado capitalista, la globalización tecnológica y la fuerte influencia del país más poderoso del planeta.

Felipe Arocena
Emil A. Sobottka

Referências

- CRUZ, Edwin. *Pensar la interculturalidad: una invitación desde Abya-Yala/América Latina*. Quito: Ediciones Abya-Yala, 2013.
- HABERMAS, Jürgen. Struggles for recognition in the democratic constitutional state. In: Amy Gutmann (Org.). *Multiculturalism: examining the politics of recognition*. Princeton: Princeton university Press, 1994. p. 107-148.
- KYMLICKA, Will. *Multicultural odysseys: navigating the new international politics of diversity*. Nueva York: Oxford University Press, 2007.
- KYMLICKA, Will; RUBIO MARIN, Ruth. Liberalism and minority rights: an interview. *Ratio Juris*, v. 12, n. 2, p. 133-152, 1999 <[10.1111/1467-9337.00116](https://doi.org/10.1111/1467-9337.00116)>.
- LOEWE, Daniel. La utopía multicultural. *Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, v. 20, n. 38, p. 45-65, 2012 <[10.1590/S1980-85852012000100004](https://doi.org/10.1590/S1980-85852012000100004)>.
- MARIÁTEGUI, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Barcelona: Crítica, 1976.
- MARTÍ, José. Nuestra América. In: Leopoldo Zea (Org.). *Fuentes de la cultura latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995. v. 1, p. 119-127.
- MIGNOLO, Walter. *La idea de América Latina*. Barcelona: Gedisa, 2005.
- SARMIENTO, Domingo F. *Facundo ó civilización i barbarie en las pampas argentinas*. Paris: Libreria Hachette, 1874.
- TAYLOR, Charles. The politics of recognition. In: Amy Gutmann (Org.). *Multiculturalism: examining the politics of recognition*. Princeton: Princeton university Press, 1994. p. 25-73.
- VAN DIJK, Teun; POLO, Margarita; FLEISCHMAN, Luciana (Org.). *Racismo y discurso en América Latina*. Barcelona: Gedisa, 2007.
- VIZCAÍNO, Fernando. Estado multinacional y globalización. In: Jorge Enrique González (Org.). *Nación y nacionalismo en América Latina*. Buenos Aires: Clacso, 2007.